

cuando su voz pudiera perjudicar á su popularidad; rehusa los empleos en que podría servir al pueblo, é intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle; aparece cuando quiere hacer sensacion, y desaparece cuando la escena está llena por otros. Tiene todos los caracteres de un jefe de religion, y se ha creado una reputacion de santidad; habla de Dios y de la Providencia, se llama el alma de los pobres y de los oprimidos, hace que le sigan las mujeres y los débiles de espíritu. Robespierre es un sacerdote, y jamás será otra cosa.»

## V

Marat por su parte, ausente de la Convencion y metido de nuevo en su subterráneo de los Franciscanos desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde allí al pueblo la faccion de la Gironda como una conjuracion permanente contra la patria. «No soy yo sólo—escribia—á quien ellos obligan á buscar su seguridad en una oscura cueva para ponerse al abrigo del hierro de sus asesinos; esta atroz faccion se encarniza contra Robespierre, Danton, Panis y todos los diputados que no puede atraer á composicion por el miedo. Hacen sus listas de proscritos bajo los auspicios de su patrono Roland. ¿Y quienes son estos enemigos públicos de todo hombre de bien? Aquellos que en la Asamblea constituyente han sacrificado á la corte los derechos y los intereses del pueblo, los Camus, los Gregoire, los Roland, los Sieyes y los Buzot; son aquellos que en la Asamblea legislativa han conspirado con el poder ejecutivo y hecho declarar una guerra desastrosa de concierto con Narbona, Lafayette y Dumouriez; son los que piden la desmembracion de Francia y la traslacion de la Asamblea nacional á Rouen. Hablo de los Lasource, de los Lacroix, Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, esos viles maniqués convencionales de Roland. ¡Y se me critica haberme sustraído á los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo! Cuando mi muerte pueda cimentar la dicha del pueblo, ya verán si palidezco.»

No tardó efectivamente en volver á aparecer, escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mujeres cubiertos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó á la puerta de la Convencion. «¡Y me acusan—escribia al día siguiente—de predicar la muerte y el asesinato, á mí que jamás he pedido algunas gotas de sangre impura sino para preservar arroyos de sangre inocente! El puro amor de la humanidad es el que me ha hecho cubrir algunos momentos mi sensibilidad para pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Corazones sensibles y justos! á vosotros apelo contra las calumnias de esos hombres de hielo, que verian sin conmoverse inmolar á la nacion por un puñado de malvados. En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, se reunen diariamente esos agitadores, Buzot, Kersaint, Gensonné, Vergniaud, Sieyes y Condorcet. Allí forman sus proyectos. Con más frecuencia aún, estos conjurados se reunen en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. Esta casa es una de sus madrigueras habituales, donde se principia por el conciliábulo y se concluye por la orgía; porque las ninfas de la emigracion van allí para corromper aquellos padres conscriptos de la Convencion. Saladin ha comido allá el 27 con muchos diputados de la trinca, tales como Buzot y

Kersaint. Lasource ha cenado allí con sus cortesanas contrarrevolucionarias y Veime-range, antiguo administrador de correos, en cuya casa de campo, en Thilles, cerca de la villa de Gonesse, se reúnen una vez á la semana los jefes de esta faccion, en el mismo sitio y en la misma mesa donde se reunian hace dos años Chapelier, Dandré, Maury y Cazales.»

En la misma época, Camilo Desmoulins, asociándose con Merlin de Thionville, publicó un diario para defender la causa de Robespierre, con este epígrafe, que revelaba todos los dias á sus lectores el pensamiento cotidiano de los jacobinos: *No hay víctima más agradable á los dioses que un rey inmolado.* «Yo no sé—decia Camilo Desmoulins—si Robespierre debe temblar por el feliz éxito que ha obtenido contra sus cobardes acusadores. Su segunda filípica, ese sublime discurso de Ciceron, dice Juvenal, es quien hizo asesinar á aquel grande hombre. Robespierre tambien ha vencido demasiado; sus enemigos están harto anonadados para que tan felices resultados no presagien una catástrofe. No es posible haber humillado más á sus enemigos. Louvet estaba en la argolla, Petion parecia sacrificado al triunfo de su rival. ¿Qué es la virtud, si Robespierre no es su imagen? ¿Qué es la elocuencia y el talento, si el discurso de Robespierre no es la obra maestra, este discurso en que he encontrado reunidas la ironía de Sócrates á la delicadeza de Pascal, con dos ó tres rasgos comparables á las más bellas inspiraciones de Demóstenes? Robespierre, Lacroix te acusaba de haber dicho una palabra digna de condenarse; pero tal es la idea que yo tengo de tu virtud, que saqué la consecuencia de que esa palabra no era criminal, supuesto que tú la habias dicho. En cuanto á Marat, que me llama algunas veces su hijo, el parentesco no impide que algunas otras yo me conserve á cierta distancia de tal padre; pero Marat no es un partido: Marat vive solo. ¡Brissot, Brissot! Ese sí que es un partido. Tended la vista por los comités de la Convencion. Brissot está en todas partes, Robespierre en ninguna. ¿Sabeis lo que reúnen los girondinos? ¡El odio de Paris! ¡El odio del pueblo! ¡Aborrecen á Paris, porque Paris es la cabeza de la nacion y encierra un pueblo inmenso, que es el terror de los traidores y de los intrigantes!»

## VI

Vino inopinadamente á dar á los jacobinos nuevas armas contra los girondinos y nuevos testimonios contra Luis XVI una de esas casualidades que la fortuna arroja en medio de los acontecimientos para agravarlos ó desenlazarlos. Hemos visto que este príncipe, desconfiando de la seguridad de las Tullerías, algunos dias ántes del mes de Agosto, hizo practicar en la pared de un pasadizo oscuro que conducia á su gabinete un armario secreto, cubierto con una puerta de hierro y una capa de madera. Se habia el rey servido para esta operacion del compañero de sus trabajos de manos, cuando en los dias de su ociosidad descansaba de ser rey, convirtiéndose en herrero. Este hombre, de quien ya hemos hablado, llamado Gamain, era un cerrajero de Versalles que habia amado tiernamente á Luis XVI, y nada hubiera podido decidirle á la traicion si la demencia ó las importunidades de su mujer no hubiesen desarraigado poco á poco de su corazon el cariño que tenia al rey; pero aquel robusto obrero fué atacado de una enfermedad de languidez casi inmediatamente despues de haber sellado la puerta de

hierro. Buscó con la inquietud de una imaginacion febril cómo su cuerpo, jóven y vigoroso hasta entónces, habia podido de repente enervarse y enflaquecer, como si la sombra de la muerte hubiese pasado sobre él, ó como si se hubiese tendido por toda su existencia uno de esos *encantos* que son las siniestras credulidades del pueblo.

Concluyó por volcanizarse su cabeza á fuerza de dar vueltas á sus ideas. Su memoria, fiel ó engañada, le recordó una circunstancia bien insignificante en apariencia, pero que él convirtió en sospecha. De la sospecha á la acusacion, en el alma de un hombre sencillo y enfermo, no hay más que el espacio de un sueño, y su imaginacion lo atravesó. Gamain recordó que, abrumado por el cansancio y la sed miéntras forjaba el hierro, el rey le habia aliviado dándole de beber con su propia mano un vaso de agua fria. Sea que el fresco del agua hubiese helado sus sentidos, sea que el principio del marasmo de aquel hombre hubiese coincidido naturalmente con aquella época de su vida, Gamain se creyó envenenado por mano de su amo y de su amigo, interesado, decia, en hacer desaparecer el único testigo del depósito oculto en los muros de su palacio.

Confió Gamain sus sospechas á su mujer, que las creyó y las aumentó; luchó mucho tiempo contra aquella obsesion de su alma; pero al fin, vencido por la desesperacion de morir víctima de una odiosa traicion, conmovido ademas por las crecientes sacudidas de la revolucion, y temiendo que algun dia le imputasen como crimen su silencio, resolvió vengarse ántes de morir, y revelar el misterio en que habia tenido parte. Fué á casa del ministro del Interior, Roland, á quien hizo su declaracion; y sea que Roland estuviese impaciente de coger nuevas piezas de conviccion contra el trono, sea que esperase hallar en aquellas confidencias de la lista civil pruebas escritas de la corrupcion de Danton, de Marat y hasta de Robespierre, sea más bien que temiese entregar á la Convencion correspondencias que comprometiesen á sus mismos amigos, se apresuró como un hombre que ve su presa, y que echa la mano tan pronto como la vista sobre su secreto. Roland no pensó en la inmensa responsabilidad que atraeria sobre él un descubrimiento del que separaba todos los testigos, y no llamó para abrir aquel candado á los miembros del comité de la Convencion. Mandó á Gamain subir solo con él en su coche, fué á las Tullerías, forzó la puerta de hierro, recogió los papeles que el armario contenia, y los llevó al ministerio del Interior para examinarlos ántes de depositarlos en la Convencion.

Se levantó en Paris un grito de alegría, y un sordo murmullo rugió en la Convencion contra la temeridad del ministro al anunciar el descubrimiento de aquel manantial de acusaciones. Todos los partidos se acusaron mutuamente de antemano de algunas complicidades ocultas, cuyas pruebas contra sus jefes encerraba el armario de hierro; todos temblaron de que Roland hubiese escatimado á su antojo aquellos testimonios de traicion, y todos, ménos los girondinos, hicieron un crimen de su impaciencia y de haber sustituido la mano de un ministro al ojo de la nacion para el exámen de un depósito de manejos y de traiciones contra ella. Aunque Roland llevó el mismo dia los papeles del armario de hierro á la mesa del presidente, el hecho de haber asistido solo á su descubrimiento, y de haberlos revisado ántes de entregarlos, le hacia sospechoso de sustraccion y de parcialidad. La Convencion encargó á su comité de los Doce que le hiciese una

relacion de aquellas piezas y de aquellos de sus miembros que pudiesen hallarse complicados en ellas. Entre estos papeles estaba el tratado secreto de la corte con Mirabeau, y las pruebas irrecusables de la corrupcion de aquel grande orador. La verdad salia de los muros de palacio, donde habia sido sellada para venir á acusar su memoria en su tumba. Barere, Merlin, Duquesnoy y Rouyer, y los miembros más eminentes de la Asamblea legislativa, bajo cuya denominacion se comprendia Guadet, Vergniaud y Gensonné, eran, si no acusados, al ménos designados por haber tenido relaciones con Luis XVI. Las correspondencias, en su mayor parte, descubrian más bien esos planes vagos que los aventureros políticos ofrecen en cambio de un poco de oro á los poderes caidos, que planes decididos y complicidades efectivas, concluyendo casi todos por pedir muchos millones al tesoro del rey, y ofreciendo á este príncipe nombres y conciencias que ni siquiera sabian que se las trataba de ajustar. Barere, Guadet, Merlin y Duquesnoy se disculparon sin dificultad de quiméricas acusaciones. Sólo habia un hombre en la Asamblea que habia negociado su palabra y su crédito con la corte: este hombre era Danton. Pero la prueba de sus relaciones con la monarquía estaba en Inglaterra, en manos de un ministro de Luis XVI. El armario de hierro nada revelaba contra él.

Para disipar las sospechas que se suscitaban contra Roland, pidió Barbaroux que Luis XVI fuese el primer acusado. Robespierre, mudo hasta entónces, tomó la palabra, no como un juez toma la balanza, sino como un enemigo la espada. No reconoció entre Luis XVI y él otra ley más que la mortal antipatía entre el señor y el esclavo, olvidando que él no era sino un hombre obligado á consultar en sus juicios, no sólo las leyes escritas, sino las no escritas de la misericordia y de la equidad; colocó frente á frente la salvacion de la república y la vida de un rey, y decidió con pleno conocimiento que la muerte del rey era indispensable al pueblo. Al ménos Robespierre tuvo el mérito de separar de aquel asesinato de Estado la hipocresía de las formas del proceso. Condenó á Luis XVI como si él hubiese sido el juez supremo, y le ejecutó como si Luis XVI no hubiese sido más que un príncipio. Esta franqueza y audacia fué lo que á tantos sedujo despues, y lo que hizo olvidar á los admiradores de Robespierre que en aquel principio habia un rey, que en aquel rey habia un hombre, y que en este hombre habia la vida, la vida que la sociedad no quita á nadie por el crimen de su situacion, sino por el de su mano y de su voluntad.

«Os sacan de la cuestion, aquí no hay proceso,—dijo.—Luis no es acusado, vosotros no sois jueces; no teneis que dictar ninguna sentencia ni en pro ni en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvacion pública y ejercer un acto de providencia nacional. (*Aplausos*). ¿Cuál es el partido que la sana política prescribe para cimentar la república naciente? El de grabar profundamente en los corazones el desprecio del trono, y llenar de asombro á todos los partidarios del rey. Luego presentar al universo su crimen como un problema, su causa como un objeto de discusion la más imponente, la más religiosa que existió jamás; poner una distancia incommensurable entre el recuerdo de lo que fué y el título de ciudadano, es precisamente hallar el medio de hacerle más peligroso para la libertad. Luis XVI fué rey, y la república está fundada: con esta sola frase está decidida la famosa cuestion que os ocupa. A Luis XVI se le destronó por sus crímenes, ha conspirado contra la república: ó se le condena, ó la república no está

absuelta. (*Aplausos*). Formar causa á Luis XVI es lo mismo que encausar la revolucion; si puede ser juzgado, puede ser absuelto, puede ser inocente; y si es inocente, ¿en qué viene á parar la revolucion? Si él es inocente, ¿qué somos nosotros más que unos calumniadores? Los manifiestos de las cortes extranjeras contra nosotros son justos; su misma prision es una crueldad; los federados, el pueblo de Paris y todos los patriotas del imperio frances son culpables, y el gran proceso



La reina y los comisarios Toulan y Lepitre.—Pág. 235.

pendiente en el tribunal de la naturaleza desde hace tantos siglos entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, es decidido al fin en favor del crimen y del despotismo.

» Tened cuidado, ciudadanos; estais engañados por falsas nociones. Los movimientos majestuosos de un gran pueblo, los sublimes arranques de la virtud se presentan á nosotros como las erupciones de un volcan y como el trastorno de la sociedad política. Cuando una nacion se ve obligada á recurrir al derecho de insurreccion, vuelve á entrar en el estado de la naturaleza respecto del tirano. ¿Cómo podrá éste invocar el pacto social? ¿Cuáles son las leyes que le reemplazan? Las de la naturaleza, la salvacion del pueblo. El derecho de castigar al tirano y el

de destronarle es uno mismo, no tiene más formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurrección, su juicio es la caída de su poder, y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, hé ahí su decreto; no condenan á los reyes, pero los suprimen y los reducen á la nada. ¿En qué república fué litigiosa la necesidad de castigar á los reyes? ¿Fué llamado á juicio Tarquino? ¿Qué hubiera dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado sus defensores? ¿Y nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el día en que tengamos que concederles coronas cívicas, porque si defienden una causa pueden tener esperanza de hacerla triunfar; de otro modo, sólo presentaríamos al universo una ridícula comedia de justicia. (*Aplausos*). ¡Y nos atrevemos á hablar de república! ¡Ah! ¡Somos tan sensibles para los oprimidos porque no tenemos entrañas para los oprimidos! ¿Qué república es aquella á la que sus fundadores encausan, y á la que ellos mismos suscitan adversarios para que se atrevan á atacarla en su cuna? Hace dos meses, ¿quién hubiera podido sospechar siquiera que se hablaría aquí de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convención nacional, el ciudadano Petion, os presenta esa idea como el objeto de una deliberación. ¡Oh crimen! ¡Vergüenza! La tribuna del pueblo francés ha resonado con el panegírico de Luis XVI. Luis aún combate contra nosotros desde el fondo de su calabozo, ¡y preguntais si es culpable y si se puede tratarle como enemigo! ¿Permitis que se invoque en su favor la Constitución? Si es así, la Constitución os condena, porque os prohibía destronarle. ¡Id, pues, á los pies del tirano á implorar su perdón y su clemencia!...

»Pero se presenta una nueva dificultad. ¿A qué pena le condenaríamos? Uno dice: «La pena de muerte es demasiado cruel». «No,—dice otro,—la vida es aún más cruel; es necesario condenarle á vivir.» Abogados, ¿es por compasión ó por crueldad por lo que le quereis sustraer á la pena de sus crímenes? Por mí, aborrezco la pena de muerte, y no tengo por Luis XVI ni amor ni odio; sólo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolición de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es mi culpa si los primeros principios de la razón han parecido herejías morales y judiciales; pero vosotros, que jamás pensásteis en reclamar esta abolición del suplicio en favor de los desgraciados cuyos delitos son individuales y perdonables, ¿por qué fatalidad os acordais de vuestra humanidad para abogar por la causa del mayor de los criminales? ¿Pedis una excepción á la pena de muerte para el único que puede legitimarla!... ¡Un rey destronado en el seno de una revolución que aún no está cimentada! ¡Un rey cuyo solo nombre atrae sobre la nación la guerra extranjera! ¡Ni la prisión ni el destierro pueden hacer inocente su existencia! Pronuncio con sentimiento esta verdad fatal: más bien debe morir Luis que cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir, porque es preciso que la patria viva.»

Interrumpido por siniestros aplausos el discurso de Robespierre, cayó en la opinión como un peso de hierro en la balanza. La elocuencia y el atrevimiento del sofisma admiraron é inclinaron las convicciones; se envanecían con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza. Se colocó á la nación en el lugar de la Providencia, y se creyeron autorizados á decretar en su nombre. Se engañaron: el derecho de las naciones sólo se compone del conjunto de todos los que cada uno de los miembros de la nación tiene en sí mismo, y ningun hombre

tiene derecho para inmolar á otro sino en el combate ó en el juicio. Robespierre, en sus majestuosos axiomas, no sólo ponía al rey fuera de la ley, sino que le ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocación magnífica pero errónea al derecho natural, el elocuente sofista no veía sin duda que daba á todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla y herirle á él mismo, desarmado y no juzgado, del derecho de su doctrina ó de su cólera. Confundía la insurrección con el asesinato, y el derecho de combatir con el derecho de inmolar.

En una de las sesiones que siguieron á este discurso propuso Buzot la pena de muerte contra cualquiera que tratase de restablecer el trono, fuese bajo cualquier forma. La alusión que hacían estas palabras al proyecto de dominio de Robespierre y de los jacobinos excitó un violento tumulto, que se apaciguó como siempre, echando sobre el rey solo el furor de todos los partidos. Buzot pidió que antes de todo se oyese al rey, aunque no fuese más que por conocer sus cómplices. Su gesto y su sonrisa indicaban á Robespierre y á Danton.

Continuó Ruhl la lectura de su relación sobre los papeles hallados en el armario de hierro. Una de las piezas de aquella correspondencia contenía una consulta secreta del rey á los obispos de Francia, para preguntarles si podía aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemorativas de la muerte y de la resurrección de Cristo. «Acepté—les decía—la funesta Constitución civil del clero; siempre miré esta aceptación como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo á adquirir mi poder, á restablecer el culto católico.» Los obispos le respondieron amonestándole severamente é interdiéndole las prácticas santas hasta que se hubiese lavado con muchas reparaciones meritorias del crimen de haber contribuido á la revolución. Se pidió que las cenizas de Mirabeau, convencido de venalidad por aquellos mismos papeles, fuesen sacadas del Panteón. «Juzgad, si quereis, su memoria,—dijo Manuel;—pero no le condeneis sin oírle.» Camilo Desmoulins interpeló á Petion y le intimó declarase por qué, como alcalde de Paris, no había asistido al cortejo fúnebre de Mirabeau. «Siempre he estado convencido—respondió Petion—de que Mirabeau reunía á sus grandes talentos una profunda inmoralidad. Creo que cuando Lafayette engañaba al pueblo, Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Talon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen. Es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se le hicieron.»

## VII

Agitado el pueblo entre tanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea y se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese expiado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prisión para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convención nombró veintiun miembros para redactar las preguntas que se